



Gallego, Amaranta. "Reseña bibliográfica: María Moreno, *Contramarcha*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2021, vol. 10, n° 22, pp. 181-184.

María Moreno
Contramarcha
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ampersand
2020
176 pp.



Amaranta Gallego¹

Recibido: 10/03/2021
Aceptado: 05/04/2021
Publicado: 08/07/2021

De la radio al libro o para una reflexión sobre el amor por la literatura

“Es cierto: donde otros se explayaron, yo puse el punto final.” Así abre María Moreno *Contramarcha*, la “novela de sus lecturas”: con un punto final que parece dar por concluida aquella larga tradición de situar las primeras lecturas de los escritores en escenarios performativos, cuya finalidad no es otra que la de alimentar el mito de la figura de autor. Pero María Moreno hace a un lado esos lugares comunes –la biblioteca, la escuela, las academias– y ubica su encuentro con la literatura en los espacios *under*, contraespacios que el es-

critor consagrado no recorre: el conventillo, la escuela nocturna, los bares. El universo de la lectura se desplaza de los entornos académicos y se interna en un territorio democrático, en donde quienes leen y comentan los textos son *laburantes*, no catedráticos, y con ello desmitifica, al menos en parte, el mundo de la cultura letrada.

El libro de Moreno integra la colección “Lector&s”, bella propuesta del sello Ampersand cuyos volúmenes vienen siendo reseñados en los diferentes números de la revista, que invita a los escritores a compartir sus primeros encuentros con el mundo de las letras. Y digo que hay belleza en la propuesta porque conlleva la revisión de un relato, el de la propia memoria, siempre cambiante, y que hace a la autofiguración de cada escritor. ¿Qué recuer-

¹ Estudiante del Profesorado en Letras (UNMDP).
Contacto: amii.gallego@gmail.com

dan?, ¿cómo y por qué recuerdan lo que recuerdan?, ¿cuál fue su trayectoria de lectura? y ¿qué entienden por lectura? parecen ser algunas de las preguntas a las que estos textos responden. Y así como –por citar a otra autora de la colección– Sylvia Molloy menciona en *Citas de lectura* (2017) que, “como aquellos cuadros renacentistas donde el sujeto aparece con un objeto que señala su profesión” (67) se imaginaba siempre retratada con un libro, María Moreno elige mostrarnos otro lienzo, el de ella sentada junto a la radio de su abuela.

Ante un mundo de escritores que parecen haber nacido con un libro en la mano, se alza una niña –María Cristina Forero se llama, aunque pronto habrá de cambiar su nombre– que escucha la versión radiofónica de *Los Miserables* y se deja atrapar por las metáforas en las canciones de Gardel. El subtexto bajo esta escena parece ser el siguiente: la literatura no se halla únicamente en los libros. Y esta premisa, que puede parecer simple e incluso obvia para quienes hemos tenido la fortuna de adentrarnos en el mundo de las letras, resulta necesaria al momento de considerar el vínculo entre lectura y la infancia. Pero a ello me referiré más adelante.

I. Memorias de una joven (in)formal

El ensayo abre y cierra con un mismo episodio: una chica de tercer año espera el ómnibus que regresa de la escuela. De repente, se da cuenta de que su profesora de Castellano está detrás de ella y decide ofrecerle su lugar pero la docente se niega y con un golpecito en el hombro la impulsa a subir. En ese momento, la joven retrocede, huye y jamás vuelve a clase. “Fue una *contramarcha*”, escribe Moreno, “algo se puso *en marcha* entonces, algo, no por confuso, menos decidido: de hecho, en la *contramarcha* se impone más la decisión por el desvío que su nuevo sentido” (7). Es esta *contramarcha* –que no es lo mismo que una retirada– la que sellará el destino

de Moreno. Ese movimiento estratégico pero involuntario de supervivencia, esa corrida en donde no importa el destino inmediato sino la acción evasiva, es la que habrá de llevarla de la lectura obligatoria de *El capitán veneno*, de Pedro Antonio de Alarcón a imitar a Gardel frente al espejo del ropero:

A través de una mímica que me distraía, iba gustando, a través de mi propio cuerpo, de lo que Gardel decía. [...] Con el cebo de la voz bruja yo entraba en el gusto por la metáfora, puesto que, por añadidura, me marcaba un maestro al que la familiaridad de Cadícamo le quitaba el apellido (Darío) [...] Ya hasta hacía de cuenta que Gardel-Darío me recitaban a mí: “¡La princesa está triste! ¿Que tendrá la princesa?”. Siguiendo las líneas de Gardel con los oídos y agarrada al tango canción fui a parar a la poesía modernista y a la literatura abarcable (46).

Moreno concluye este segmento del libro intitulado “Leer con los oídos” al decir que con Gardel aprendió a leer y con ello nos muestra una nueva dimensión de la lectura, entendiéndola como una práctica corporal. La joven María lee con los oídos y reescribe con el cuerpo mientras “hace *playback* frente al espejo agitando las narinas y levantando la mirada al cielo raso” (46) de la misma manera que las maestras intentan reproducir los cuentos, con una expresividad poco variada que termina por constituir un nuevo sistema sígnico basado en el movimiento de los brazos.

La literatura es, como toda forma del arte, gestualidad. También es juego. Moreno recuerda cuando su madre le enseñaba a leer trazando las letras con un palo sobre la tierra del Jardín Botánico y nos demuestra que aún ahora la lectura puede ser vivida como una práctica lúdica: “Aún *juego* cuando, para distraerme, leo *literalmente*: por ejemplo, en los carteles “Hospital privado de ojos” o “Silencio hospital”,

el sentido de un hospital al que se le han sacado los ojos y otro al que se le pide silencio” (69).

El primer juego, el de la infancia, el juego didáctico, crece y se convierte en el juego textual del cual hablaba Barthes, ese que se detiene en la superposición de los niveles de la significancia (20). La niña que leía letras en la tierra es la misma que descubrirá la excitación en el estrépito de la verticalidad del lenguaje en las letras de Gardel y en los poemas de Darío. Y es también la que poco después leerá a Colette y a Simone de Beauvoir queriendo ser ellas para luego ser otra. En la dimensión del juego habita el placer de los textos. Primero el de consumir las obras, identificarse con las protagonistas y vivir a través de ellas. Pero luego habrá de venir otra forma del placer –que Barthes relacionará con el goce– más madura quizás, una etapa de *pensar* lo que se lee y tener una opinión. Comienza entonces el diálogo con el texto y el contrapunto, el modelo de *leer contra* que una María adolescente conocerá en el mundo del nocturno.

Pero ante todo, la práctica de la lectura se presenta en el libro de Moreno como un espacio de seguridad. La muchacha que en el colegio se hace consciente de la fobia que le impide leer en voz alta y así satisfacer la exigencia de su maestra –esa maestra que la empuja a leer de la misma manera en que la empuja a subir al colectivo–, la misma que hasta entonces leía y estudiaba de memoria mediada por los resúmenes que su madre le preparaba, ahora en la escuela nocturna –ese contraespacio al que llega en esa contramarcha que sella su destino– hallará otro comienzo, uno de *lecturas* dirá la propia autora. De la mano de su compañero Marcelo Sambucetti, aquel joven que luego de un accidente aparece en la clase con la cabeza vendada para dibujar una estrella en el pizarrón y decir que es *El principito*, María leerá *Memorias de una joven formal*, en cuya tapa hay una chica que se parece a ella.

Durante la presentación del libro de Moreno,² Gabriel Giorgi se refirió a una idea letrada de escritura que consiste en “escribir las voces que van a desaparecer”, que propone que hay que escribir “para quedarnos con la memoria”, y sostiene que en el texto de Moreno ocurre lo contrario: en *Contramarcha* “la escritura se enlaza con la voz”. Sin embargo, esta idea de “enlazamiento” en términos de unión o vínculo entre un elemento y otro pareciera resultar insuficiente. Es cierto, la voz no desaparece y pareciera ir una a una con la escritura, pero eso no evita que quede silenciada en la dimensión de la oralidad. Es ese el efecto que tiene la fobia, enmudece la voz, la despoja de su esencia vital, que no es otra cosa más que el sonido por el cual se sustenta. Creo que lo que tiene lugar en el libro se asemeja más a una transmutación de la voz. La autora, como una alquimista, encuentra en la escritura una nueva esencia de la voz, y desde el papel articula el sonido silencioso que la boca, en su fobia, no puede pronunciar. Así la voz sobrevive y la escritora habla desde un lugar en donde “aunque los lectores sean muchos, son invisibles” (167).

II. Una reflexión sobre el amor por la literatura en la infancia

Borges dijo alguna vez que la lectura obligatoria era un contrasentido, que la lectura debe ser una forma de felicidad y a la felicidad hay que buscarla. Pienso entonces y me detengo en el cuadro de esa niña que escucha la radio con su abuela en el conventillo, en la que a los ocho años fingía leer un ejemplar de *Fedra* de su madre, en la que desarmaba los libros porque le interesaba más la materialidad del objeto que su contenido. Pienso también en esa adolescente en la escuela nocturna que devora las obras de Simone de Beauvoir y dibuja los nombres de ella y Sartre rodeados por

² Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=LOSz5AdMJrI>

un corazón. Finalmente, vuelvo a la escena en el colegio, previa a la contramarcha, y veo a la maestra exigiendo, obligando una lectura en voz alta.

Pienso entonces que el desplazamiento de las escenas de lectura son una necesidad. Con mucha frecuencia se suele escuchar respecto a la falta de interés en los niños por la literatura, pero no prestamos atención a qué entendemos cuando hablamos de literatura. María Moreno nos demuestra en su libro que hay literatura en la radio, en la música, en el juego, en los bares. Nos demuestra que antes de empezar a leer con los ojos es necesario leer con el cuerpo. Los libros que están destinados para nosotros eventualmente llegan de la mano de alguien que nos entrega, junto con ese libro, una forma de felicidad.

En las últimas líneas del libro, María nos confiesa: “cuando escribo –no, no voy a decir que soy feliz–, algo se calma en mí, algo que ningún amor desdichado, ningún duelo, han detenido jamás”. Y sigue:

Me gustaría morir leyendo [...] que la muerte me alcance en el momento en que el sentido se me escapa y no sepa si sueño que leo y eso es morir o si ya olvidé mi lengua y lo ignoro,irme como cuando no se recuerda por qué copa se va o qué saque o como en una sobredosis (168).

Creo que la autobiografía lectora de Moreno es también una novela sobre la búsqueda de la lectura, de la felicidad en la lectura. La contramarcha resulta ser eso, un movimiento estratégico, una acción evasiva ante un contrasentido. Ante la imposición, el desvío termina por ser un acto revolucionario.

Obras citadas

Barthes, Roland. *El placer del texto y Lcción inaugural de la cátedra de*

Semiología Literaria del Collège de France. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014.

Molloy, Sylvia. *Citas de lectura*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ampersand, 2017.